

## Un error basta para malograr una vida

TERESA RUIZ ROSAS

Hace algunas décadas, cuando leí la novela *Cambio de guardia*, me quedé con una frase rotunda y enigmática: “Saber que un error basta para malograr una vida”. Quizás porque había tenido el privilegio de que Julio Ramón Ribeyro me ganara en París una buena docena de partidas de ajedrez, juego en que pierde quien comete el último error, según reza el aforismo de Savielly Tartakower.

En todo caso, llamó mi atención su estructura cinematográfica. La novela está construida en 186 secuencias, que a menudo no llegan a ser del largo de una página y que veo como tomas de una película o una serie. Y en medio de ese ritmo entrecortado y acelerado de sucesos que tienen lugar en muy diversos espacios, actúa una vasta galería de personajes, que me hizo pensar en la célebre frase de Honoré de Balzac, autor muy admirado por Julio Ramón, de hacerle “la competencia al registro civil”.

Me pareció fascinante el modo en que los personajes se iban definiendo por las relaciones que tenían o no entre ellos, mucho más que por las precisas y escuetas pinceladas de sus rasgos dadas por el autor. Esos vínculos, a menudo inesperados por el carácter casi siempre ambiguo de sus naturalezas, arman desde una decena de flancos una suerte de macromosaico de la Lima del golpe de Estado de Manuel A. Odría en 1948. Como en un caleidoscopio, Ribeyro va agregando detalles a los sucesos de secuencias anteriores que, a veces, configuran una vuelta de tuerca.

En mi relectura de ahora, a casi tres cuartos de siglo de los hechos recreados en la ficción publicada en 1976, a ratos parece de rabiosa actualidad (por lo cual también recomiendo vivamente su lectura) la descripción de los males que azotan al país y que despliega Ribeyro desde París a mediados de los sesenta.

La corrupción, aquella lacra tan recurrente en la historia del país (y del mundo), va engullendo buena parte del tejido social y se reproduce en su propio interior. Por ejemplo, en la comisaría de investigaciones torturan brutalmente a Anacleto Luque, acusado de asesinar al menor hijo del diputado Pedro Primo (de la Unión Socialista, acusado a su vez de haber recibido dinero de una empresa extranjera para imponer un producto en una licitación pública) hasta hacerle confesar un crimen que no ha

cometido, que se achaca a Luque por ser sindicalista activo y luchador, afrodescendiente y porque los torturadores quieren hacerse de la recompensa:

El inspector Eloy Zapata espera a que sus subalternos se vayan y retiene solo a Rosales.

—Quería hablar contigo —le dice—, ya cobré la gratificación. El diputado del diablo me ha dado solo cinco mil tacos. ¡Como si no nos hubiera costado trabajo! Si lo hubiera sabido, palabra que lo dejaba sin culpable. Pero eso sí, a Toro y Lagarreta habrá que decirles que pagó mil solamente.

Rosales aprueba.

—Le daré doscientos soles a cada uno y chitón. El resto entre nosotros.

Zapata comienza a distribuir los billetes en dos montones, como si estuviera repartiéndolo una baraja de naipes. (Ribeyro, 1976/2017, pp. 246-247)

Vuelve a saltar a la vista—y en esto sí ha cambiado en algo la vida en el país en setenta y cinco años, felizmente—la función de la mujer en aquel fresco social que pinta Ribeyro y que da fe de la mentalidad de la época. Las mujeres en la novela sirven para distraer y atender a los hombres y, bueno, para procrear cuando a ellos les conviene. No solo es una sociedad de clases muy marcadas, sino que me atrevo a tildarla de oficialmente machista, que practica un culto ininterrumpido a la supremacía del hombre, y en la que, cómo no, prostíbulos y adláteres son espacios estelares donde se cocina la política y se celebran sus triunfos, se apuesta la economía y se diseñan las repartijas del poder.

Tanto más me impresionó en ese contexto la mirada, el enfoque hacia el abuso de mujeres jóvenes, casi niñas, principales objetos del deseo, tanto de hacendados millonarios como de militares u hombres de negocios que gozan de prestigio y abrazan el lema privado de “mi reino por una adolescente”. Incluso la hipocresía moral de miembros de la Iglesia está personificada en Sebastián Narro, el cura corrupto, pederasta, sádico, que viola y embaraza a púberes huérfanas que recoge en un albergue de supuesta buena voluntad en Ancón y las obliga a esfuerzos físicos para que tengan abortos naturales. O en la viuda de un almirante, Aurelia de Agostini, que colecta plata para construir una basílica a Santa Rosa de Lima y resulta regentando más de un burdel:

Taboada aprovecha para decir que conoce un lugar donde van verdaderas novicias.

—Estuve allí la semana pasada y nunca he visto nada igual, parecen capullitos de rosa.

Santa María, que está concentrado en el póquer, para la oreja. Molinares da más detalles, él también ha ido, queda en las afueras de Lima:

—Pero solo para los amigos.

—La dirige doña Aurelia —agrega Taboada.

Santa María gruñe, mientras bebe su trago y al acertar una escalera, sin demostrar mucho interés, pregunta si en ese lugar no los despluman.

—Pero en qué mundo vive usted, mi general—exclama Molinares—, nosotros tenemos crédito. Tantos galones, tantas mujeres. (Ribeyro, 1976/2017, p. 276)

—Aquí solamente primerizas, nada de mujeres corridas—ha dicho doña Aurelia. El general Santa María admite que debe tener razón, pues la muchacha con la que baila, si bien tiene las caderas bastante gruesas y un meneo un poco puteril, lo hace con los ojos bajos, como si conservara un resto de pudor. Molinares baila con una mujer pequeña, ligeramente achinada. Ambos se encuentran en uno de los apartados del local, reservado a los clientes escogidos. (Ribeyro, 1976/2017, pp. 279-280)

Si bien la lucha social de los obreros despedidos de una fábrica y las esperpénticas peripecias de preparación del golpe de Estado son los acontecimientos que parecen dar origen a la novela, hay un predominio de las bajas pasiones humanas que se enredan con las desvergüenzas de los diferentes poderes, lo que hace de *Cambio de guardia* una novela muy rica, al indagar en el alma de sus múltiples personajes y en el entramado de las componendas ocultas de la vida pública. El terrateniente de Ica, Adrián Paz, alcoholizado para sobrellevar su opulenta y miserable existencia, lo ha entendido:

Lo que debe acordarse es dónde dejó su carro. No le vaya a suceder lo mismo que con el que perdió cerca de Chala. Ahora se trata de un Ford azul, de último modelo, pagado con un cheque, dejado ¿en qué calle? Una mujer viene en su dirección. Adrián la aborda para preguntarle en qué calle está. La mujer lo observa asustada y se aleja rápidamente sin responderle. Adrián la pierde de vista, pero retiene de ella la imagen, dos cejas bien trazadas sobre los ojos muy abiertos, aterrados, como ante una visión asesina. Como los ojos de Teresita en el sillón de la hacienda, aquella tarde calurosa en la que, al cabo de semanas de espionaje, sin memoria ni paz ni sueño, no pudo contenerse. ‘Por eso las dos me odian’, se dice y sigue su camino ... Bastaría atravesar el puente para llegar a barrios serenos, dormidos, sin bares ni noctámbulos. Pero su sangre bulle, sobre todo después de haber mirado esos ojos de espanto y saber que un error basta para malograr una vida. ‘La última’, piensa empujando la mampara de la cantina. Bar de borrachines. Adrián los observa con indulgencia, casi con reconocimiento, recostados en el mostrador, monologando.

—Whisky para todos, Adrián Paz paga la ronda—exclama.

Mientras espera que lo atiendan, apoya los codos en el mostrador, la cabeza en las manos y se queda dormido. (Ribeyro, 1976/2017, p. 213)

Calafell, 9 de abril de 2024

## REFERENCIAS

Ribeyro, J. R. (2017). *Cambio de guardia*. Revuelta Editores. (Obra original publicada en 1976)